

La correspondencia
al Director y Administrador
Don Manuel Navarro
Campamento provincial de
Exploradores
ALHAMA DE MURCIA



ESPAÑA

ORGANO DEL CAMPAMENTO PROVINCIAL DE EXPLORADORES
DURANTE LA SEMANA ESCULTISTA

PRECIO DE SUSCRIPCION
0'80 pesetas
Número suelto 10 céntimos
No se devuelven los
originales

Película de España

IMPRESIONES

Don Isidoro de la Cierva, este hombre todo actividad que llega de Madrid por la mañana, resuelve tres problemas políticos, defiende una causa en la Audiencia, estudia un pleito, asiste a su tertulia de la Capilla, preside un Consejo de Exploradores, toma un té en Alhama, y cepa en las estribaciones del morrón de España, me ha invitado afectuoso a realizar una excursión al campamento de los Exploradores. Apenas si dispongo de tiempo para ello, pero no renuncio al placer. Y hemos salido en el auto al mediar la tarde.

No quiero turbar la imborrable impresión de mi cinematográfica visita a España con el recuerdo del estado de las carreteras ni del aire africano que azotaba nuestros rostros, agobiándonos; mejor he de decir, agobiándome. Para don Isidoro no se hicieron las molestias; como buen Explorador no teme a nada; ni siquiera a los 45 grados del termómetro. La admiración que me produce su energía me hace sudar doblemente.

En Alhama, que tiene sus calles engalanadas con arcos de follaje en honor de los Exploradores, hemos detenido nuestro viaje unos instantes. Allí han llegado las agueridas tropas de Murcia que realizan la segunda expedición y que van a emprender dentro de unos instantes la penosa ascensión de España. Poco después nos saluda el grupo de avanzada de los cartageneros que van a preparar el campamento de los suyos que llegarán mañana. Estos simpáticos alhameños quieren, galantes, llenarnos de obsequios. No podemos perder tiempo; hemos de llegar a España antes de la noche. La tarde cae: el que no cae ni a tres tirones es el aire caliente. Voy notando que lo siento menos. Quizá sea la proximidad del oasis de la montaña; tal vez que mi cuerpo se ha acostumbrado. En este mundo todo es cuestión de costumbre.

Corre raudo el auto por la carretera de Mula. Ya el paisaje ha variado de aspecto; el aire es más fresco también. Por los fondos de los barrancos se ven las manchas de algunas huertas encantadoras; en el fondo verdean los pinos de España.

Y cuando el auto toma bravísimo las empinadas cuestas de la montaña, realizando el mecánico verdaderos prodigios con el volante, hemos dado por bien empleadas

todas las fatigas del viaje en una tarde estupidamente caliginosa. Marchamos sobre una inmensa alfombra de verdes pinos pequeños; sopla una brisa suave cargada de aromas vivificadores que llevan alegría al alma y vida a los pulmones; trinan los pájaros que revolotean jugando entre las espesuras; suena la música armoniosa del agua que corre rauda desde grandes alturas, encajonada en estrechas cañerías; la inmensa mancha verde del monte es cortada solamente por la blancura de la carretera que sube, se retuerce, baja a un barranco, corre unos momentos por un llano, se esconde otros entre altos peñascos, y emprende bravísima otra ascensión inconcebible; el sol poniente da un gris oscuro a los apretados haces de pinos lejanos. A nuestra espalda vamos dejando unos montes pelados, unos campos yermos donde el pájaro campesino no encuentra una rama donde colgar su nido, ni el fatigado pastor una sombra donde hacer reposar su cuerpo.

Y como nuestra imaginación está completamente embargada por las bellezas de este paisaje, hay un momento en que nos parece ver surgir de entre el bosque la figura apostólica de don Ricardo Codorniu, mostrándonos estas montañas donde todo es luz, y vida, y salud y progreso, mientras nos señala con un dedo las montañas calvas y los campos grises que dejamos a nuestra espalda, donde todo es pobreza y es muerte y es tristeza.

Un cielo purísimo cubre este paisaje; el espíritu se embriaga en una verdadera borrachera de colores y de luz, y sin darnos cuenta vienen a nuestros labios los versos de nuestro poeta.

Allí donde palpitan los nobles corazones que extraños a las luchas y exentos de pasiones solícitos se agitan de la verdad en pos. Allí exhalan los labios fervientes oraciones que en rafagas de aromas se elevan hasta Dios.

Nos hemos detenido unos instantes para visitar las obras de lo que ha de ser Hospital Sanatorio Antituberculoso; teníamos gran interés en ver la marcha de esta obra hija de los grandes entusiasmos de don Isidoro y fruto valiosísimo y ejemplar de la caridad murciana. Se alzan ya más de dos metros de lo que ha de ser el pabellón central. Será admirable. Frente al edificio, en un ancho campo despejado, no salta a la vista la mancha blanca o gris de un peñasco. Todo es un bosque de pinos que parece juntarse en el horizonte con el azul del cielo. A la espalda le dan guardia y le li-

brarán de los aires del invierno los arosos morrones de España. ¡Bien hayan los que realizan esta obra en favor de los dañados en el tesoro inapreciable de su salud!

He felicitado con toda efusión a don Isidoro y me he atrevido a solicitar una plaza de tuberculoso honorario.

Se ha puesto el sol cuando llegamos frente a la espléndida mansión donde habitan los ingenieros de España. Han salido a saludarnos el simpático cura de los Exploradores don Manuel Navarro, el inteligente ayudante de Montes señor Meseguer, todo él afectuosidad y corrección, el dignísimo señor secretario del Obispo. Poco después ha venido hacia nosotros la figura venerable del Prelado.

Don Isidoro ha hecho mi presentación y he besado reverente el anillo episcopal. Sabíamos nosotros de las virtudes de la inteligencia, de la bondad del señor Obispo; de hoy más sabemos de su afabilidad paternal. El Prelado ha tenido frases muy cariñosas para nuestra modesta actuación periódica.

Hemos emprendido la subida de la cuesta que conduce al campamento. No es muy larga ni fatigosa; si alguien nos vió con la boca abierta no lo atribuya a cansancio; sólo era admiración por la belleza del panorama y el deseo de almacenar la mayor cantidad posible de oxígeno puro para luego perderlo en las lobreguezes de la redacción o en las antehigiénicas habitaciones de la tertulia casinera. En una charca unos pequeños Exploradores fabrican barcos de papel y los hacen naufragar a los disparos de unos torpedos que arrojan con un tira-chinas. Por entre las frondas vemos a otro Explorador que corre raudo sobre un caballo. El dulce silencio de una humbría lo interrumpe el escandaloso trepidar de un «side-car».

En la mitad de la cuesta hemos saludado a Trucharte, un bravo Explorador que vive en su tienda como en un palacio; tienda que levantó hace unos días de las fresquíssimas cumbres del Guadarrama, que tiene ahora plantada entre los pinos de España, y que dentro de unos días se levantará sobre los ásperos riscos de los Pirineos. También hemos saludado al doctor Precioso, que está todo lo contrario de su apellido con la «deshabillé» que usa para andar por el campamento; a los jefes de las expediciones de Murcia, de Aguilas y de Alhama.

Hemos descansado en la plazoleta de la fuente de Rubeós; allí está el centro de la

